

INFORME DIOCESANO AL SÍNODO DIÓCESIS NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, VALDIVIA

1. EL CAMINO RECORRIDO

En el año 2018 se inicia en Chile un proceso de discernimiento eclesial promovido por la 116° Asamblea Plenaria Extraordinaria de Obispos y motivado por los dolorosos escándalos que produjo en la sociedad chilena los casos de abusos cometidos por algunos miembros del clero.

Es por esto, que en la Diócesis de Valdivia, se generaron instancias de reflexión y oración que, si bien no tuvieron un alcance diocesano, fueron una manifestación de la preocupación y de la búsqueda de respuestas a la crisis de la Iglesia.

En resumen, estas actividades fueron:

En abril del 2018, en la reunión del Consejo Decanal del Decanato San Antonio, donde participan representantes de los consejos pastorales de las parroquias, de congregaciones religiosas y grupos y movimientos eclesiales, se hizo la lectura compartida de la carta del Papa Francisco a la Conferencia Episcopal de Chile, para su análisis y discusión.

En mayo del 2018, también en el Decanato San Antonio, se organizó un “Encuentro Decanal de Oración por la Iglesia”, con el objetivo de orar reflexivamente por la Iglesia en el momento de crisis que se estaba viviendo, en especial por las víctimas de los abusos. Una preocupación central de las reflexiones fue la pérdida de credibilidad y confianza en la Iglesia y la necesidad de retornar a la centralidad en Cristo.

En julio de 2018, en la segunda reunión del Consejo Decanal del Decanato San Antonio, se invitó a representantes de los “Laicos de Osorno” en momentos en que había una gran polémica por el nombramiento de Monseñor Barros como Obispo de Osorno. Con el lema “La realidad nos interpela nuestra condición bautismal” se produjo un diálogo franco y directo, no exento de algunos roces, sobre lo que estaba pasando en la Diócesis hermana en particular y en la Iglesia chilena en general.

En marzo del 2019 se realiza la Asamblea Pastoral diocesana. El tema central de la Asamblea fue la Evangelización de la Cultura, teniendo como telón de fondo la crisis eclesial que se vivía. El llamado era a pasar de una cultura del abuso y encubrimiento a una cultura del cuidado, de la transparencia y del buen trato; de la pasividad a la participación y compromiso; de la división y desconexión a la comunión y unidad; y del clericalismo a la corresponsabilidad de todos. Dos preguntas centrales guiaron los trabajos en equipo: 1. El tiempo de la Iglesia ¿Cómo nos interpela y a qué nos llama? 2. El tiempo de Chile ¿Cómo nos interpela y a qué nos llama?

En agosto del 2019 se empezó a preparar un equipo que animara y acompañara la realización de los instrumentos didácticos proporcionados por la CECH (“Entremos a picar”, “Cómo andamos por casa”, etc.). Este proceso fue muy lento y con muy poca acogida por parte de las comunidades parroquiales. Entre las razones de ello se mencionaban la sobrecarga de trabajo

de los párrocos y el poco compromiso e interés de los laicos. Finalmente, este proceso quedó trunco por el estallido social y la pandemia. No se pudo tener información de cuántas parroquias lograron realizar la experiencia.

En agosto de 2020 se realizó la Asamblea Pastoral diocesana, vía telemática. Con el lema “Compartir y Discernir Juntos para la Reflexión y el Diálogo”, se trabajaron dos preguntas referidas tanto a la crisis eclesial que aún se vivía, como a la crisis sanitaria producto de la pandemia del covid-19. Estas preguntas fueron: 1. Cómo hemos vivido este tiempo (aspectos positivos y negativos). 2. Cómo seguir caminando.

En noviembre del 2021, se distribuyó a las comunidades parroquiales el documento “Comunidad Parroquial Iglesia en Discernimiento y Sinodalidad”, con el propósito de explicar ambos conceptos y levantar encuestas sobre la manera en que cada parroquia vivía el Discernimiento Pastoral y la Sinodalidad Comunitaria. La mayoría de las parroquias (70%) contestaron la encuesta.

Finalmente, el 19 marzo recién pasado se realizó la primera Asamblea Pastoral Diocesana correspondiente al 2022, vía telemática. En esta oportunidad, ya imbuidos por el proceso de discernimiento y sinodalidad eclesial, se trabajaron 4 preguntas: 1. ¿Qué signos de sinodalidad hay en nuestra vida pastoral? 2. ¿Qué obstáculos para la sinodalidad encontramos por parte de los consagrados (personal y estructural)? 3. ¿Qué obstáculos para la sinodalidad encontramos por parte de los laicos (personal y estructural)? 4. ¿Qué aporte harían al Plan Pastoral Diocesano 2022?

Hay conciencia de que el proceso desarrollado no ha sido el planificado originalmente por el nivel nacional. No se logró trabajar los instrumentos didácticos proporcionados por la CECH y tampoco se pudo masificar la participación de los creyentes en las instancias generadas para la reflexión y el diálogo. Fundamentalmente se trabajó con los Consejos Pastorales Parroquiales, con las congregaciones religiosas y algunos grupos y movimientos eclesiales. Sin embargo, se tiene previsto continuar con el proceso, seguir profundizando en los temas que surgieron durante su desarrollo, para ser presentados en una Asamblea Diocesana en el mes de septiembre del presente año, con miras a la formulación de nuestras próximas orientaciones pastorales.

2. EXPERIENCIA SINODAL: LO QUE HEMOS VISTO Y OIDO

El proceso estuvo marcado por el denominado “estallido social” y la pandemia del covid-19. Especialmente este último evento, cuyas consecuencias aún las estamos viviendo, impuso fuertes restricciones para desarrollar las actividades de consulta. Las comunidades parroquiales prácticamente funcionaron al mínimo (Misas virtuales, algunas pocas catequesis online, ayuda social).

Por lo anterior, no fue posible realizar consultas más cercanas y personales con las comunidades parroquiales y eclesiales en general. Las instancias de participación fueron sólo las que se indicaron en el punto anterior, específicamente, las Asambleas Pastorales y la encuesta de Discernimiento y Sinodalidad.

Aunque no se logró una convocatoria masiva en el proceso, sí se pudo recoger el sentir de los participantes. Ciertamente, la mayoría de ellos han sido laicos que habitualmente participan en actividades de la Iglesia (*“los mismos de siempre”*), y que ha sido muy escasa, prácticamente inexistente, la presencia del común de los fieles (personas que habitualmente no participan en las actividades de la Iglesia) o de grupos extra eclesiales. Pero, los que participaron pudieron expresarse abiertamente y con franqueza, y se tiene la convicción de que, de alguna manera, representan la opinión mayoritaria del Pueblo de Dios en la Diócesis.

En la Asamblea Pastoral Diocesana de marzo del 2019 la crisis de la Iglesia fue la preocupación central de los participantes. En aquella ocasión se trabajó en grupos heterogéneos integrados por laicos, religiosos, religiosas, sacerdotes y diáconos. Los temas específicos y las reflexiones que fueron apareciendo en los grupos son muy similares a las que se enuncian en el Informe de Sistematización del 2019 elaborado por el Equipo Nacional.

En la Asamblea del 2019 había un sentimiento de pesar, al mirar la realidad nacional, que se manifestó en expresiones como: *“Este tiempo de la Iglesia nos duele”*, *“La jerarquía nos ha fallado”*, *“La Iglesia padece por sus pecados”*, *“Hay descrédito del ministerio sacerdotal”*, *“Crisis de credibilidad y del clero”*. Fue un momento para exteriorizar el descontento, la indignación y la decepción que sentían los participantes ante los casos de abuso sexual, de poder y de conciencia por parte de algunos miembros del clero.

Pero, también hay un reconocimiento de que las causas de la crisis no sólo provienen del clero y de los religiosos, sino que hay una responsabilidad compartida con los laicos: *“La Iglesia está formada por seres humanos que se pueden equivocar y todos tenemos responsabilidades”*. Y en medio del dolor y la decepción, también hay esperanza y una visión optimista: *“Es oportunidad para crecer en la fe, en la conversión y participación en la Iglesia”*.

La Asamblea de agosto del 2020, realizada de manera telemática, cambió el foco de atención de los participantes. Esta vez se estaba viviendo el contexto de la pandemia del covid-19. En esta ocasión, el clamor mayoritario era el de la necesidad de recuperar la vida comunitaria. Las cuarentenas y las restricciones de movilidad habían generado mucho aislamiento y soledad, especialmente entre los adultos mayores. Los templos cerrados y la falta de actividades eclesiales eran percibidos como una suerte de abandono espiritual, especialmente en las comunidades rurales donde el internet llega con deficiencia, o simplemente no llega.

Pero, como no hay sombras sin luces, la Asamblea del 2020 también fue una oportunidad para manifestar esperanza, optimismo y fe. El tiempo de pandemia ha sido ocasión para dar espacio a las iniciativas de los laicos, sobre todo, en el ámbito social (comedores populares, reparto de alimentos, rifas solidarias, creación de un banco de alimentos, etc.). Se puso a prueba la creatividad de las comunidades eclesiales para generar instancias de ayuda material y espiritual. Se descubrió el potencial de la tecnología (redes sociales) para seguir evangelizando y mantener viva la comunidad. Dos expresiones manifestadas reiterativamente entre los participantes de la Asamblea son especialmente elocuentes: *“Encontrar al Señor en ámbitos diferentes (del templo) en la simplicidad de la vida cotidiana”*, y *“Aprender a vivir la*

fe en casa, es la hora de la Iglesia doméstica". Aquí hay un fuerte llamado implícito a abrir más espacios para la acción de los laicos en la vida de la Iglesia.

En marzo del 2021 asumió como Obispo de Valdivia, Monseñor Santiago Silva. Luego de un período natural de conocimiento y posicionamiento de la Diócesis, y en el contexto de una Iglesia que buscaba recomponerse de los efectos de la pandemia, el Obispo y el Consejo de Pastoral elaboraron el documento "Comunidad Parroquial: Iglesia en Discernimiento y Sinodalidad". En noviembre del 2021 fue distribuido a todas las parroquias para su análisis y discusión. El documento contenía dos encuestas, una sobre cómo se vivía el discernimiento en la parroquia, y otra sobre cómo se vivía la sinodalidad. En general, de una evaluación de 1 a 10, la gran mayoría de los encuestados (93,3%) evalúan sobre 7 el discernimiento que se vive en sus comunidades, pero la evaluación cae con respecto a la sinodalidad que se vive en sus comunidades. La gran mayoría la evalúa por debajo de 7.

Finalmente, en marzo del 2022 se realizó la Asamblea Pastoral Diocesana, con toda la experiencia acumulada hasta ese momento. El tema central del encuentro fue, precisamente, el discernimiento y la sinodalidad. Es interesante destacar que, a pesar de todos los problemas que la crisis eclesial, social y sanitaria ha generado, se mantiene latente una óptica optimista de la Iglesia. En especial, las congregaciones, grupos o movimientos eclesiales (Schoenstatt, Talleres de Oración y Vida, colegios religiosos, pastoral carcelaria, por mencionar algunos) tienen una visión positiva de sus trabajos pastorales. Igual concepto se tiene respecto de las acciones de ayuda social que se multiplicaron en este tiempo de pandemia.

Al mismo tiempo, cuando se mira la realidad eclesial, se formulan críticas a las estructuras y formas de ejercer la autoridad: se llama a un nuevo estilo de ejercer el ministerio sacerdotal, alejado de toda "superioridad" y clericalismo. Se constata también, el insuficiente compromiso y participación de los laicos en las comunidades. La exclusión de las mujeres en la toma de decisiones, pero también las exigencias y presiones de una sociedad y cultura cada vez más alienantes, individualistas, hedonistas y consumistas. Se habla de una "*sociedad líquida*", sin referentes sólidos y seguros, donde todo es relativo, según "el cristal con que se mire".

3. POR DÓNDE NOS LLEVA EL ESPÍRITU

"No se preocupen por lo que van a decir, lo que Dios les inspire en aquel momento es lo que dirán. Porque no serán ustedes los que hablen, sino el Espíritu Santo" (Lc 13, 11)

Se reconocía en el punto anterior que por diversas dificultades no fue posible masificar la consulta y tampoco se pudo desarrollar las etapas recomendadas por el Equipo Nacional. Sin embargo, los que pudieron participar, tuvieron la oportunidad de expresarse abiertamente y con franqueza. No hay duda que el Espíritu Santo estuvo presente en los encuentros y nos invita a mirar nuestra realidad eclesial y social con esperanza y optimismo, como una oportunidad de crecer y mejorar en nuestra adhesión a Cristo Jesús y su plan de salvación.

Lo que dijeron los participantes:

Respecto a las relaciones interpersonales, el abuso sexual de los clérigos con los menores de edad y el encubrimiento por parte de la jerarquía, han sido los temas de mayor impacto entre los participantes, especialmente durante los años 2018 y 2019. Se percibe, a nivel nacional, un crecimiento de la desconfianza hacia el clero en general: *“por estas acciones se han dañado el prestigio de la Iglesia y la autoridad moral de la que antes gozaba, la ineptitud de la jerarquía eclesiástica para lidiar con estos asuntos”*. En cuanto al abuso de autoridad, las críticas son más frecuentes y transversales. Específicamente, se dice que las decisiones siguen siendo verticales, que hay poco o nulo contrapeso al sacerdote y finalmente se termina haciendo lo que éste dice. Se habla del *“elitismo de los Obispos”*, de preferencias por parte de algunos consagrados que no se abren a invitar a otros para colaborar en el trabajo pastoral (*“no siempre los consagrados se abren a acoger a los laicos y sus movimientos”*).

También hay un reconocimiento de que los mismos laicos tienen gran parte de responsabilidad en que esta situación perdure. Ya, el Informe de Sistematización 2019, advertía del clericalismo que promueven los propios laicos. Los participantes señalaron la falta de iniciativa y de empoderamiento en los asuntos eclesiales, su poco compromiso y el no querer *“hacerse problemas”*, pues es más cómodo dejar que el sacerdote se encargue de todo. Se manifiesta *“ha sido un error la educación antigua que veía a los curas como personas perfectas y superiores”*.

Los problemas relacionales también se dan entre los laicos. Hay críticas reiteradas de la falta de empatía y de acogida por parte de los propios laicos dentro de las comunidades eclesiales, la existencia de grupos cerrados, pareciera haber más competencia que colaboración, más individualismo que trabajo en equipo (*“se ve tantos católicos que buscan oportunidades de lucirse”, “que los servidores sean irrespetuosos, displicentes con los que vienen a encontrarse con su comunidad”, “las envidias y calumnias, los comentarios destructivos”, “poca apertura a la renovación de nuevos miembros”, “duele la ingratitud, cuando se enferma, nadie visita, nadie llama”*). Sin duda, éstas no son realidades recientes, pero la crisis de la Iglesia ha permitido ponerlas en evidencia abiertamente con toda su crudeza y magnitud.

Respecto a la estructura y prácticas pastorales de la Iglesia, se manifestaron críticas que apuntan a que no responden a las necesidades actuales de la evangelización: *“la estructura eclesial muchas veces mantiene a los laicos en un grado infantilismo al no permitir nuevos liderazgos sin la tutela clerical”*. Se habla de una *“forma piramidal de ejercer la autoridad”* en la que *“todavía hay mucha dependencia de los clérigos para que la Sinodalidad sea una realidad en nuestras comunidades”*. Relacionado a esto último, se critica el hecho de que no pocas veces los consagrados que se vienen integrando a una comunidad no reconocen lo construido anteriormente e imponen nuevas estructuras o prácticas no discernidas ni consensuadas.

Por otro lado, si bien en la Diócesis prácticamente todas las parroquias cuentan con Consejo Pastoral Parroquial (CPP) y Consejo Económico de Asuntos Económicos (CPAE), lo que se considera una fortaleza y un signo concreto de sinodalidad, sin embargo, éstos tienen más un carácter consultivo que vinculante. Algunos llegan a señalar que no se tiene conocimiento de

cómo se toman las decisiones en esas instancias, sólo se informa (los resultados – las decisiones), especialmente en lo referente a las gestiones económicas.

Así, tanto en las estructuras eclesiales como en las prácticas pastorales se percibe una falta de valoración y cercanía a las personas, centrándose sólo en el servicio que prestan o pueden prestar, lo que puede derivar en una instrumentalización de las mismas.

Se reconoce que gran parte de la responsabilidad de este estilo de ser Iglesia es de los propios laicos. Se les atribuye insuficiente o falta de formación tanto en temas teológicos como de funcionamiento de la Iglesia. Se vive aún en una “*etapa de paternalismo*”, pues los laicos necesitan que los ayuden y guíen: “*no hay personas dedicadas exclusivamente al trabajo pastoral que sean capaces de ordenarnos y guiarnos*” (a los laicos). En algunos casos es por la falta de tiempo (el trabajo, actividades con los hijos, compromisos sociales y familiares), pero también es simplemente por falta de interés o por comodidad.

Hay un aspecto relacionado con la problemática estructural: La escasez de sacerdotes y de vocaciones en general. En la Diócesis hay parroquias que no cuentan con un sacerdote párroco, como es el caso de Corral. La escasez de sacerdotes causa una sobrecarga de trabajo a los presbíteros, de manera que éstos cuentan con menos tiempo para dedicarlos a acompañar, escuchar y dialogar con sus comunidades. Ésta sería una de las razones de que las decisiones, finalmente, se toman de manera vertical e inconsulta.

La situación de la mujer y de los jóvenes en la Iglesia también han sido temas de preocupación por parte de los participantes.

En circunstancia que la presencia de la mujer es mayoritaria en las comunidades, se la toma escasamente en cuenta para discernir lo pastoral. Se habla de un prevaecimiento del machismo en las comunidades eclesiales, “*que las mujeres no puedan optar a cargos del mismo nivel que los hombres*”.

La ausencia de jóvenes en la vida eclesial ha sido mencionada por los participantes. Se señala que los jóvenes sienten que no encajan bien, porque según ellos, la estructura eclesial está hecha para gente adulta. Que ellos tienen muchas ideas y ganas hacer cosas, pero siempre reciben respuestas como “*Cómo vamos a cambiar esto si siempre se ha hecho así*”, o, simplemente, “*esto no se puede cambiar*”. Las mismas asambleas pastorales evidencian la poca participación juvenil. Es necesario profundizar en esta área, pues se la relaciona mucho con la idea del “recambio” y la renovación.

La pandemia del covid-19 sumó a la crisis eclesial una crisis social y humanitaria. Quedó en evidencia el estado de abandono de muchas familias necesitadas, especialmente de los adultos mayores, inclusive dentro de nuestras propias comunidades eclesiales. Somos una Iglesia mayoritariamente de adultos y adultos mayores, muchos en situación de vulnerabilidad.

Relacionado con lo anterior, los participantes manifestaron su preocupación por el tema tecnológico: el uso de las redes sociales como medios de comunidad y evangelización. Se reconoce dificultades en el uso de la tecnología, especialmente entre los adultos mayores que, como se ha mencionado, representan un alto porcentaje de los que participan activamente en

la vida eclesial. A raíz de la pandemia, el tecnológico ha sido un tema recurrente en las consultas.

Sin embargo, no todo es negativo. Como ya se comentó, este tiempo de crisis es percibido igualmente como un tiempo de oportunidades. La crisis ha obligado a la Iglesia a escuchar. No sólo el clero y la jerarquía, sino también los laicos que desempeñan algún servicio pastoral, están aprendiendo a escuchar al común de los fieles, inclusive, a los que no comparten la fe cristiana católica.

Los grupos y movimientos laicos de Iglesia (Encuentro Matrimonial, Talleres de Oración y Vida, Cursillo de Cristiandad, Schoenstatt, etc), y congregaciones religiosas (Religiosas Santa Marta, María Auxiliadora, Religiosas de la Sagrada Familia de Spoleta que están apoyando a una parroquia sin párroco -Corral- etc.) han continuado sus trabajos pastorales y educativos. Por otro lado, la pandemia motivó la formación de variadas iniciativas laicas de ayuda y acompañamiento a familias necesitadas y a adultos mayores vulnerables, que han ido mostrando el compromiso de la Iglesia.

Entre las acciones que ha ido tomando la Diócesis para superar la crisis, se destacan los esfuerzos por continuar con los talleres de prevención de abusos para todos los agentes pastorales, y su exigencia para poder seguir desempeñando sus servicios en la Iglesia.

La pandemia obligó también al uso de los recursos tecnológicos para llegar a las personas. Al comienzo de manera limitada, pues la mayoría no la sabía usar. Pero, poco a poco su uso se ha ido masificando en las comunidades, especialmente para la transmisión de las Misas telemáticas. La tecnología ha permitido también llevar adelante las reuniones Decanales y Diocesanas.

Las distintas restricciones que nos impuso la pandemia, nos hizo volver la mirada hacia la familia como Iglesia doméstica. Se recuperó el sentido de la familia como lugar privilegiado donde se puede fortalecer y animar la vida de fe de cada uno de sus integrantes.

A pesar del dolor por los pecados de la Iglesia, se siguen valorando altamente la Eucaristía, la lectura de la Palabra, los Sacramentos, la devoción a María Santísima, el Rosario y demás devociones, como elementos fundamentales en la dinamización de la fe.

Así mismo, se destaca, que en momentos que pareciera que la sociedad y la cultura dominantes están en contra de la Iglesia y de la fe, hay muchas personas que siguen dispuestas a trabajar por el Reino de Dios y la Evangelización.

4. EL CAMINO DE LA SINODALIDAD PARA LA RENOVACIÓN ECLESIAL

¿De qué deberíamos hacernos cargo como Diócesis?

El camino sinodal para la renovación eclesial debe tener como punto de partida y de llegada a Cristo mismo. Hay una llamada transversal de volver la mirada a Cristo. El centro de la fe no es la jerarquía, ni el clero, ni los religiosos ni los laicos, ni siquiera la Iglesia que es sólo un instrumento. Cristo es el centro de toda acción pastoral de la Iglesia: se trata de darlo a conocer y proclamar la Buena Noticia de su Reino a todas las naciones. Esto significa volver

a la fuente que es la Palabra de Dios y la Eucaristía, y al cuidado, promoción y salvación de las personas. (*“amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”*). Volver a ser una Iglesia misionera, en salida, y no una *“administradora de sacramentos”* o, parafraseando al Papa Francisco, una *“aduana de la fe”*. Se trata, pues, de *“pasar de una Iglesia centrada solo en los sacramentos a una Iglesia de discípulos misioneros”*.

El camino de la sinodalidad implica sanar las heridas. La crisis ocasionada por los abusos de poder, sexuales y de conciencia, están aún lejos de superarse. Los participantes claman por justicia, reparación, y mano dura contra los culpables. Sin embargo, se hace necesario continuar con los talleres de prevención, de promoción del buen trato y el autocuidado, y cumplir con los protocolos para acondicionar los recintos de encuentros, especialmente con niños y jóvenes, dándoles mayor seguridad y transparencia. Crear ambientes sanos.

Respecto a los abusos de autoridad, tanto de parte de los clérigos como de los propios laicos, de lo manifestado por los participantes se desprende que éstos sí están presentes en la Diócesis. Así lo dan a entender también los resultados de la encuesta sobre Discernimiento Pastoral y Sinodalidad Comunitaria que realizó el Consejo de Pastoral diocesano. Si bien hay un sentir mayoritario de que el ejercicio del Discernimiento se da en buen nivel en las comunidades (sobre 7 de un rango de 1 a 10), sin embargo, donde aún hay que trabajar y mejorar es en la práctica de la Sinodalidad (la mayoría de los Consejos Pastorales Parroquiales la evalúan por debajo de 7, llegando en algunas comunidades encuestadas a 5,2). Y, precisamente, las actitudes autoritarias son contrarias a la sinodalidad.

En consecuencia, hay que seguir reforzando los Consejos Pastorales Parroquiales y los Consejos de Asuntos Económicos, para que sean instancias efectivas de participación y decisión, de verdadera sinodalidad. Promover la rotación periódica de sus cargos, evitando que se perennicen en ellos y que los candidatos a tales cargos sean elegidos por los pares y no por la simpatía que pueda tener el párroco hacia algunos de ellos. Esto mismo es aplicable a todo otro cargo que se requiera para el servicio pastoral.

Se aspira que la nuestra sea una Iglesia dispuesta a acoger los diversos signos e iniciativas que surgen del Pueblo de Dios para enfrentar los efectos económicos, sociales, psicológicos y espirituales de la crisis eclesial y sanitaria. Potenciar todas las iniciativas existentes, sobre todo aquellas que han demostrado su efectividad durante la pandemia. Inclusive aquellas que no han surgido de miembros de la Iglesia, sino de personas de buena voluntad: *“Compartir experiencias ganadas, tanto intraeclesiales como las que provienen de personas, grupos o instituciones que no son de Iglesia. Eliminar prejuicios y aceptar. Ser más incluyentes”*. La acción social ha demostrado ser un medio eficaz para reconciliar la Iglesia con la sociedad. Se habla de *“conjuguar la oración con la acción”*. Se trata de predicar con el testimonio, como manifiestan algunos participantes: *“primero invitando y acogiendo, y luego ya vendrá el tema de la catequesis y los sacramentos”*.

Se debe priorizar el tema de los jóvenes y el de la mujer. Ambos requieren de mayor reflexión y profundización.

Las mujeres ya gozan de una participación mayoritaria en las actividades pastorales de la Iglesia, pero se tiende a su instrumentalización. Es tiempo de que sean incorporadas efectivamente en la toma de decisiones y darles la oportunidad de asumir tareas de conducción y evaluación. En este sentido, se debe reforzar y potenciar la Pastoral de la Mujer, y valorar y apoyar aún más el trabajo de las religiosas tanto en el ámbito educativo como en la conducción misma de las comunidades parroquiales (caso de la parroquia nuestra Señora del Tránsito de Corral).

Y a los jóvenes hay que crearles las instancias de participación acordes con su edad y temperamento. No se les debe imponer una estructura concebida por y para adultos, que no responden a sus inquietudes ni estilos. Hay que dar a la Pastoral Juvenil el impulso y los recursos que requiere.

Relacionado con lo anterior, los participantes han manifestado su preocupación por la escasez de vocaciones, especialmente a la vida sacerdotal (*“La realidad de nuestra Diócesis, pobre en sacerdotes y consagrados, es un obstáculo estructural importante”*). Se requiere reiterar y fortalecer el énfasis pastoral de “Vocaciones y Ministerios”. El equipo de Espiritualidad de la Diócesis ha formulado algunas propuestas que debieran llevarse a la práctica (*promover una “Semana por las Vocaciones”, generar un díptico con oración por las vocaciones, generar cápsulas vocacionales*). Hay voces que piden fortalecer el área formativa para aumentar los ministerios laicales, considerando otros carismas como *“la acogida, acompañamiento en velatorios y funerales, enfermos, celebraciones, etc.”*

Pero, al mismo tiempo, se advierte la necesidad de mejorar la formación en los seminarios, *“formación realista de acuerdo a los tiempos”*. Por extensión, esto debiera entenderse también como un llamado a mejorar la formación para todo ministerio. Punto neurálgico de esto es el ejercer el discernimiento adecuado para elegir a los candidatos, no sólo por su inteligencia o preparación, sino sobre todo por su testimonio de vida, trayectoria y capacidad de entrega generosa al servicio del Reino.

Sobre el tema formativo, ha sido reiterada su mención por parte de los participantes. Se reconoce la deficiente formación de los agentes pastorales y del laicado en general, enfatizando la necesidad de insistir en su adecuada preparación teológica y pastoral: *“Esforzarse en la formación permanente de cada bautizado, usando los medios disponibles hoy, y enfatizar el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia”*. Junto a ello se pide, además, más formación bíblica y de liderazgo: *“participar más activamente en talleres de formación Bíblica”, “dar un fuerte impulso a la animación Bíblica”, “formación de líderes al estilo de Jesús (servicio, misericordia, opción por los pobres y marginados)”*. A esto sería recomendable agregar la capacitación en la formación de equipos de trabajo, así como en torno a los derechos y deberes que tiene todo bautizado dentro de la Iglesia (Derecho Canónico).

En esta línea de trabajo, la tecnología juega un rol importante. Tanto para la formación, como para mantener una comunicación permanente y fluida en medio de las restricciones que aún impone la pandemia: *“Nueva visión de la tecnología, para encontrarnos, al servicio de la pastoral y la reflexión. Este tiempo ha permitido aprender a usar otros medios para la*

evangelización”; *“La pandemia nos encontró sin tener manejo de las redes sociales. Tenemos que aprender a manejarlos en esta situación: Iglesia virtual”*. Hay que aprovechar este impulso que, además, es el medio de comunicación más usado por las nuevas generaciones.

Dos últimos temas que han sido mencionados por los participantes: Revalorar y promover la familia como *“Iglesia Doméstica”* y el sacerdocio común de los fieles, en momentos en que todavía hay dificultades para volver totalmente a la normalidad de las actividades eclesiales. Y el tema de los hermanos migrantes. En los últimos años el número de migrantes en la Diócesis ha crecido exponencialmente, trayendo consigo sus costumbres y prácticas religiosas, con sus formas particulares de vivir la fe. Necesitamos una Iglesia acogedora e inclusiva, dispuesta a respetar la diversidad dentro de la unidad de la fe. Una Iglesia que sea madre, guía y, a la vez, compañera de peregrinaje. Una Iglesia cada vez más evangélica, que a pesar de sus sombras no deja de ser también luz de las naciones, no por mérito propio, sino porque en ella está y actúa siempre el Espíritu Santo (*“y YO estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”* Mt 28, 20b).

5. LA INVITACIÓN DE DIOS

En virtud de nuestra condición de Iglesia Peregrina, caminamos entre luces y sombras, entre la gracia y el pecado. Jesucristo, con su Misterio Pascual, enseñó a sus discípulos misioneros que nada está perdido y que toda lectura de la realidad, por más opaca que sea, debe hacerse desde la luz de su Resurrección.

Nuestro compromiso eclesial hoy tiene que ser, más que nunca, con una vida renovada, centrada en el Resucitado, quien será capaz de generar relaciones nuevas, marcadas por la dignidad de las personas y al servicio de una sociedad que, por cultura, no favorece el encuentro con Dios.

Más que nunca debe prevalecer una mirada de esperanza, la que no se funda en la negación de las deficiencias en el anuncio de Cristo y en la vida eclesial, sino en la convicción de que el Espíritu guía la comunidad hacia su plenitud escatológica. En este caminar y aunque nuestra debilidad comprometa el plan divino, la gracia del Señor de la historia es más fuerte.

Hay, pues, que discernir y dejarse guiar. Y quizás esto sea hoy por hoy, lo más urgente en nuestro peregrinar eclesial.

Manuel Kiyán
Comisión Sínodo

Pbro. César Márquez Carrasco
Comisión Sínodo